

nos los que la han salvado, sino el dedo de Dios: aquellos hubieran sido insuficientes como puede reconocer cualquiera que con imparcialidad y sin prevencion lea la historia de la Reforma protestante. El bien ha sido, pues, que el mundo tenga esta nueva prueba de la verdad de la Iglesia católica. ¡Desgraciados los que cierran sus ojos para no ver la luz! ¡Qué podrá convencer á esos ciegos voluntarios!

Terminemos sin nuevas interrupciones la hermosa y erudita narracion de Bergier que venimos reproduciendo.

Los protestantes se ven en la precision de confesar que el socinianismo no es más que una extension de sus principios, aunque dicen que los exageraron. ¿Quién es capaz de prescribir limites y poner barrera á unos principios como los de los protestantes? En todas las disputas que tuvieron, les hicieron ver los socinianos que son más lógicos, y que contradicen el principio fundamental de la Reforma; y antes de principiarla deberían prever sus consecuencias.

Del socinianismo al deísmo no hay más que un paso, y este le franquearon los protestantes preciados de discurrir con alguna consecuencia. Insensiblemente se pasa del protestantismo al deísmo y á la incredulidad. A la pretendida Reforma, pues, debemos la incredulidad é irreligion esparcida hoy en toda Europa.

En efecto, la mayor parte de los argumentos de los deístas y otros contra el cristianismo en general, son los mismos que los que hicieron los predicantes contra el catolicismo en particular, y nada les costó el generalizarlos. Si consideramos el horroroso cuadro que los protestantes describen de la Iglesia desde su nacimiento hasta nosotros,

¿quién será capaz de reconocer en él una religion divina, formada, instituida y cimentada por la omnipotencia y sabiduria de Dios? En estas historias escandalosas es donde beben los incrédulos la hiel que vomitan continuamente contra el cristianismo. Por más que se desentiendan los protestantes, ellos fueron los preceptores de los incrédulos.

¿Cómo pudiera dejar de producir su conducta la indiferencia de religion ó la irreligion absoluta? A fuerza de cambiar de principios no conservan ninguno, y á fuerza de pasar de un dogma ó de una opinion á otra, se hacen indiferentes para toda creencia, y su misma indiferencia fué la que les honró con el pomposo nombre de *tolerantes*. Despues de haber combatido por espacio de casi doscientos años, despues de haber cambiado diez veces de opinion y de doctrina, conocieron las diferentes sectas que no tenian armas solidas con que atacar ni con que defenderse; llegaron á cansarse, consintieron en tolerarse y en conservar la paz recíprocamente. Pero esta tolerancia que se nos presenta por un dechado de sabiduria y moderacion, no es en realidad más que un efecto de interés político y de indiferencia religiosa.

Se engaña el que piensa que la pretendida Reforma contribuyó á restablecer la pureza de costumbres: es verdad que los novadores se preciaron frecuentemente de haber introducido entre sí unas costumbres más puras que las de los católicos, y que con sus continuas inectivas contra la conducta del clero y de los pueblos lograron seducir á los ignorantes. Pero esta máscara de hipocresía no pudo sostenerse mucho tiempo: el autor de la *Apologia en favor de*

los católicos, t. 2.º, cap. 18, cita los testimonios del mismo Lutero, de Calvino, de Erasmo, de Músculo, de Jacobo André, de Capiton y de Tomás Edord, que aunque todos protestantes, aseguran que los pretendidos reformadores, en general, eran mucho más desarreglados que los católicos, y que estaban persuadidos de que el odio y las declamaciones contra el papismo les servían por todas las virtudes; y que la Reforma se reducía á una completa deformidad. En otra obra titulada, *Trastorno de la moral de Jesucristo por los errores de los calvinistas*, añade las confesiones de Grocio y de Rivet, lib. 1.º, cap. 5. Desde entonces los viajeros más recientes aseguran que las cosas no mejoraron de aspecto en ninguno de los países en que el protestantismo se hizo la religion dominante.

De todo esto inferimos, concluye Bergier, que si examinamos esta religion, ya en los autores que la inventaron ó en los medios de que se valieron para establecerla, ó en los efectos que de ella resultaron, lleva en su frente todas las señales de una religion falsa y reprobada por Dios.

Hasta aquí el brillante artículo del *Diccionario de Teología*, que hemos reproducido con placer intercalando las reflexiones y digresiones que nos han parecido convenientes, porque es el mejor resumen que podíamos presentar á los trabajos que hemos hecho, de los sabios razonamientos que hemos intercalado del gran pensador Balmes, del erudito Bergier y de otros célebres escritores; creemos que si algun lector habia experimentado alguna simpatía por el protestantismo, se habrá convencido de su falsedad y deseará permanecer hasta la muerte en el seno del catolicismo, donde

únicamente se encuentra la verdad y la salvacion. Pocas líneas más y terminaremos con la Reforma.

VIII.

Recuerde el lector lo que antes hemos dicho, á saber, que Dios saca muchas veces bien del mal, y hemos demostrado que así aconteció con el protestantismo. «La doctrina católica, que tantos y tan brillantes testimonios reúne en favor de su origen divino, ha esmaltado su diadema, decía un orador insigne, con una nueva prueba tomada de la esterilidad misma del proselitismo protestante. Los pocos ó casi ningunos resultados que ha obtenido á pesar de su incansable y nunca desmentida perseverancia, y de los mil medios de accion con que ha contado siempre para propagar sus doctrinas, al par que demuestra no ser el protestantismo la verdadera Iglesia de Jesucristo, hacen ver más claro que la luz del día que sólo la religion católica está llamada á conducir los hombres y los pueblos á su positiva felicidad, y que ella únicamente encierra en sus enseñanzas gérmenes fecundos de verdadera civilizacion (1).» A pesar de lo mucho que llevamos escrito sobre esta secta que tantos trastornos produjo en el mundo, de buen grado nos detendríamos en presentar las pruebas luminosas de la verdad que acaba de leerse. Empero no queremos por una parte abusar de la paciencia del lector, y por otra recordamos que

(1) Troncoso: *Nov. Bibliot. de Predicadores*, Disc. para la Dominica V despues de Epifania.

ténemos aun mucho camino que recorrer antes de dar por terminado este trabajo al que nos venimos dedicando con la mejor voluntad si no con el mejor acierto. Contentémosnos, pues, con algunas indicaciones.

Vamos á hacer una comparacion entre el origen de la jerarquia eclesiástica constituida por Jesucristo y perpetuada en la Iglesia para ser depositaria de sus divinos dogmas, y el origen de esta confusion que se llama *Reforma*, y se verá claramente la causa de la diferencia que existe entre la fecundidad prodigiosa del catolicismo y la infecundidad del proselitismo protestante. ¿Dónde nació el catolicismo? Podemos decir que en la humilde gruta donde entre rústicos animales y en la mayor pobreza se verificó el natalicio de su Fundador divino. ¿Quiénes fueron los apóstoles de esta religion? Unos hombres del pueblo, sin instruccion de ninguna clase, sin prestigio, sin poder, sin tener otro trato que el de sus compañeros de oficio. Estos fueron los destinados á abatir las orgullosas inteligencias, á iluminar los entendimientos, á llevar la luz esplendente del Evangelio hasta los confines de la tierra. «Venid en pos de mí, les dijo el Salvador, y os haré pescadores de hombres (1).» Este es el origen de esa jerarquía constituida despues por Jesucristo. Del Calvario donde fué inmolado el Hijo del hombre arranca la palabra civilizadora que resuena en todas las partes del mundo. Vedla penetrar por todas partes, así entre los que se reputaban por sabios en el mundo como entre los feroces indios; lo mismo en los alcázares de los monarcas que en la choza movediza del más humilde pastor. ¿Qué

(1) Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum. *Matth.*, iv, 19.

influencia la del catolicismo! Siempre creciendo, la palabra de verdad resuena hasta en los más apartados confines, y merced á su predicacion el mundo ha dejado de presentar, como antes presentaba, la imágen de la corrupcion más hedionda: la moral tiene sólidos cimientos, existen leyes basadas en los principios de justicia, sustituyendo á las antiguas injustas y terribles dictadas por el más odioso despotismo; existen vinculos en las familias y dignidad en los individuos. Nadie ignora que esta religion domina en el mundo no por el poder de las armas, sino por el gran poder de la persuasion.

Considérense, pues, los magníficos efectos de esta influencia, y véase despues cuáles han sido los resultados del proselitismo protestante. El protestantismo no nació pequeño como el catolicismo. Su fundador ni nació en un pesebre ni se rodeó de hombres ignorantes para su propagacion. Aquel milagro, porque milagro es y muy extraordinario el que la ignorancia venza á la sabiduría, no podia resplandecer sino en una obra de Dios. Lutero gozaba de prestigio, era doctor, y se rodeó de otros doctores, pues necesitaba que el sofisma hábilmente manejado viniese en apoyo de su predicacion. El protestantismo, pues, nació grande y no pequeño como el catolicismo. ¿Y pueden compararse los resultados? Tres siglos van transcurridos desde que la Reforma se inauguró en el mundo con pretensiones de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo. Desde aquella época al presente no ha dejado de sembrar por todas partes sus erróneas doctrinas, y sus falsos apóstoles no cesan en su tarea de hacer una viva oposicion al apostolado católico. Con el

objeto de propagar el Evangelio reformado ha enviado un prodigioso número de misioneros á la India, al Africa, á la América, á todas partes; pero es indudable que, á pesar de sus esfuerzos, han conseguido mucho más fruto, han hecho inmensamente más conquistas cuatro misioneros católicos que un ejército de misioneros protestantes, y eso que los pretendidos reformados han contado con grandes elementos que no siempre se han presentado favorables á los católicos. Hé aquí cómo se expresa uno de los escritores más apasionados de la Reforma: «Ninguna nacion cristiana ha tenido delante de sí un campo tan vasto para propagar la fé de Jesucristo, como el que nos abre nuestra influencia en el Indostan, donde reinamos sobre cien millones de hombres. Ningun pueblo ha poseido ventajas semejantes á las nuestras para conseguir este objeto (1).» Pues á pesar de lo dicho por este autor, que no puede negarse, sabido es cuál ha sido el éxito de las misiones protestantes. ¿Qué pueblos idólatras han convertido á la fé? ¿A cuántos hombres han sacado de las tinieblas del paganismo? Pero ¡cómo! exclama un escritor antes citado: eso sería lo mismo que pedir á un cadáver que reanimase á otro cadáver. Muerto el protestantismo, continúa el mismo, separado del centro de la vitalidad, puesto que no está unido á Jesucristo, y es un miembro amputado de su cuerpo místico, la Iglesia católica, segun la frase de san Agustin, ¿cómo pudiera producir frutos de vida? Mas no seremos nosotros los que pongamos de manifiesto la esterilidad del proselitismo protestante. Sus

(1) El Dr. Buchanan: *Memoir ou the expediency of an ecclesiastical establishment in British India*. Londres, edic. de 1812, p. 48.

mismos adeptos dicen en este punto mucho más de lo que pudiéramos decir nosotros. ¿No han confesado repetidas veces que los frutos de las misiones están muy léjos de corresponder á los afanes y dispendiosos gastos empleados en esta obra de la propaganda? ¿No se ha visto frecuentemente á los misioneros protestantes cejar ante las dificultades insuperables que se presentan á cada paso á la realizacion de sus proyectos, y abandonar el campo sin haber logrado hacer un solo prosélito? Consúltense los testimonios de los más ardientes fautores y partidarios de la Reforma, y véase si exageramos algo en nuestras aserciones. Aquí os dirán: «que en el trascurso de diez años no se sabe que un solo individuo haya pasado de la idolatría al cristianismo (1).» Allí reconocerán paladinamente «que el estado de las cosas despues de veinte años de afanes no prueba que estos hayan sido aceptos á Dios (2).» Más allá confesarán de plano «que si la propagacion del Evangelio hubiese de depender del fruto de las tareas emprendidas con este fin, sería preciso perder toda esperanza y renunciar á sus proyectos (3) (4).»

No nos extenderemos más sobre este punto, ni tenemos para qué detallar los grandes frutos conseguidos en todos tiempos por los misioneros católicos. Dios ha permitido que estas misiones santas sean favorecidas indirectamente hasta por los enemigos de la fé católica. Hé aquí lo que el autor

(1) Birkerset: Discurso pronunciado á la Sociedad misionera de la Iglesia anglicana, año de 1823.

(2) El mismo en dicho documento.

(3) El autor de la Historia de las misiones protestantes, al final de su obra.

(4) Troncoso: lugar citado.

que acabamos de citar dice en comprobacion de esto en una nota refiriéndose á los Anales de la propagacion de la fé:— «Hasta el mismo presidente de los Estados-Unidos de América, siendo protestante, protegió estos años pasados las misiones católicas, que han producido y producen los más copiosos frutos; lo mismo acontece en las Indias Orientales. Por confesion del citado Dr. Buchanan pasaban de 50,000 los católicos de la isla de Ceylan, y esto en muy pocos años y á pesar de las más terribles persecuciones, al paso que las misiones protestantes se habian extinguido sin resultado. En la China y en toda la isla de Sucinen ascendian á 22,000 los paganos bautizados; y tanto en esta como en las demás provincias del imperio, la divina semilla se propaga de dia en dia, y da los más felices resultados.»

Los que tenemos la dicha de ser católicos, de permanecer unidos á la cátedra de Pedro, podemos elevar nuestra voz y exclamar entusiasmados como aquel primer Pontífice al presenciar la gloria del Tabor: DOMINE, BONUM EST NOS HIC ESSE.

SIGLO DÉCIMO SÉPTIMO.

INTRODUCCION.

I.

Estado de la religion en el siglo xvii.

Desde la primera edad de la sociedad cristiana se ha visto á la herejia y al cisma desgarrando el seno de la Iglesia: una multitud de diversas sectas han aparecido enseñando nuevos dogmas, sembrando la confusion en el santuario y trastornando los pueblos, las provincias y las naciones, porque el error no puede dejar otra cosa á su paso. La tranquilidad, el órden y el sosiego son propios únicamente de la verdad. La vana curiosidad de los hombres, el orgullo de la razon humana, el deseo de celebridad, la mezcla mal entendida de las ideas filosóficas con las nociones de la fé, tales han sido las principales causas de todos los errores que de siglo en siglo han surgido en el seno del cristianismo: la

vanidad, el deseo de dominar sobre los otros, el amor de la independencia, la hipocresía, el artificio, el falso celo, y esa afición que generalmente existe á novedades, han contribuido poderosamente á que se propaguen los errores, encontrando siempre seguidores, hasta aquellos que son más ridículos y absurdos. Empero todas las sectas enemigas de la Iglesia, ya oscuras, ya numerosas, encerradas en pequeño espacio ó extendidas por vastas regiones, austeras ó corrompidas en su moral, han desaparecido una despues de otra, heridas por los anatemas de la Iglesia. Si algunas han prolongado su existencia mucho más que todas las otras, los mismos nombres con que se distinguen de arrianos, nestorianos, eutiquianos, monotelitas, etc., las acusan á los ojos del universo y hacen ver claramente la justicia de los anatemas fulminados contra ellas y de los decretos que las han proscripto.

A través de estos focos de errores que han ido apareciendo, la Iglesia santa ha permanecido siempre profesando los mismos dogmas, siempre confesando las mismas verdades, enseñando la misma doctrina, y desechando y condenando toda novedad en materia de religion. En cerca de diez y nueve siglos que cuenta de existencia la Iglesia católica, su fé, su lenguaje, su predicacion no ha sufrido variacion alguna. Cree y enseña hoy lo mismo que creyó y enseñó en tiempo de los apóstoles: cree y habla como en todas las edades. Todo cambia en la sociedad humana, las leyes, las costumbres, los hábitos, pero en la sociedad cristiana instituida por Jesucristo no existen ni pueden existir estos cambios. La teología que hoy se enseña en nuestras escuelas es

la misma que enseñaron los antiguos doctores. La palabra de Dios consignada en los libros santos y la tradicion es hoy como fué desde el principio la regla inmutable de la fé. La Iglesia, guardiana incorruptible de este depósito divino, no ha permitido jamás que manos impías osen alterarla, y ha lanzado los rayos de sus anatemas contra todo el que impulsado por el orgullo ha querido poner su mano atrevida sobre el arca santa. Los juicios que la Iglesia pronuncia contra el error no forman nuevos dogmas, nuevos objetos de fé; son sólo declaraciones de la doctrina que profesa, que es la misma, exactamente la misma, sin la menor variacion, que ha profesado desde Jesucristo y los apóstoles. Dirigida por legítimos pastores unidos al jefe de todos ellos, el sucesor de Pedro: revestida de autoridad que ha recibido del cielo, enseña la verdad y condena con energía el error: asegurada por la promesa de Jesucristo, no puede padecer equivocacion alguna en el aprobar ó condenar, pues que está dotada de infalibilidad: visible siempre así en los tiempos en que se desatan contra ella grandes tempestades, como en los días de calma y de tranquilidad, abre sus brazos maternales para salvar á todos aquellos que á ella se refugian, en el convencimiento de que es el único puerto seguro donde el hombre puede librarse del diluvio de males que en el mundo le amenazan. Infalible, como hemos indicado, en sus juicios en materia de doctrina, sea que el pontífice romano hable *ex cathedra*, sea que los obispos se reunan en concilio general y tomen decisiones que aquel ratifica, conoce y distingue todas las sectas así antiguas como modernas, por sus nombres y caracteres, y previene á los fieles para que

no se dejen seducir. No hay hombre por ignorante que sea que pueda confundir el catolicismo con las demás sociedades cristianas.

El cristianismo fué establecido sobre dos fundamentos inquebrantables, cuales son, la autoridad de la palabra divina, y la de los enviados escogidos por Dios para anunciarla á los hombres. Los medios por los cuales se ha mantenido, llegando de siglo en siglo hasta nosotros, son del mismo género y reunen las mismas ventajas. La palabra de Dios es siempre la que rige y garantiza nuestra fé. Confiada á la vigilancia de la Iglesia, ella misma es la que nos enseña á conocerla y que nos ordena escucharla. Ella nos enseña de dónde venimos y adónde vamos, cuál es el camino por donde debemos dirigir nuestros pasos para llegar sin tropiezo á nuestro último fin: ella nos enseña cuáles son los caracteres de la Iglesia depositaria de la verdad, y por ella sabemos á quién debemos dirigirnos para que nos enseñe lo que debemos creer y de qué manera debemos obrar. La Iglesia nos explica á su vez todo lo que contiene la palabra de Dios y de qué manera debemos entenderla. La una y la otra se prestan mútuo apoyo. Si se quitara á la Iglesia la palabra de Dios, quedaria reducida la doctrina enseñada por ella á no ser otra cosa que una doctrina puramente humana: separada la divina palabra de la autoridad que la Iglesia ha recibido, para fijar su sentido é interpretarla, no se encontraría más que incertidumbre, oscuridad, tinieblas impenetrables en los libros santos. Todos los herejes así de los primeros como de los últimos siglos que han rechazado el juicio de la Iglesia, haciéndose ellos mismos jueces ó intér-

pretes de la palabra de Dios, han podido reconocer por su propia experiencia, que han caido á cada paso en el engaño y que no han podido dar un solo paso con tino y con acierto, hallándose sin guia y sin regla en la interpretacion de la Escritura. Despues de haberse convencido de la insuficiencia del exámen privado, han acabado por apropiarse neciamente la misma autoridad que negaron á la Iglesia. Hé aqui lo que hicieron los pretendidos reformados, que combatiendo la autoridad de la Iglesia para la interpretacion y explicacion de los libros santos, se abrogaron ellos mismos esta facultad, produciendo los resultados que hemos visto al ocuparnos de la Reforma.

Los progresos de las luces al principio del siglo xvii no perjudicaron á la creencia; generalmente fué aceptada la revelacion. Los hombres más grandes de esta época, Bacon, Descartes, Pascal, Newton, Leibnitz, notables filósofos, hicieron profesion de estar adheridos á los grandes principios del cristianismo. Si pertenecieron á comuniones diferentes, si se dividieron sobre dogmas particulares, si algunos de ellos cayeron en errores, y ya lo hemos notado anteriormente, amaron y defendieron la religion en general. Estos hombres, elevados por un talento superior á mayor altura que los demás de su tiempo, no tuvieron vergüenza de pensar en este punto como el vulgo: ellos que en la carrera de las ciencias habian presentado tantas novedades, se honraron de marchar por la senda de la revelacion. ¿Qué nombres, exclama Pluquet, pueden oponerse á estos nombres? ¿Qué suffragios pueden oponerse á los de estos genios? ¿Y qué será si á estas grandes autoridades se

añaden los nombres de otros muchos escritores recomendables de la misma época, y sobre todo los que ilustraron el reinado de Luis XIV? Hé aquí con qué heraldos se presenta á la posteridad el siglo xvii. Si causan estragos los sectarios de los pretendidos reformadores del siglo anterior, si perturban las conciencias con sus erróneas enseñanzas, si trabajan por ensanchar el campo de sus maniobras, si no perdonan medio para aumentar sus prosélitos y arrebatár subditos al pontificado católico, la religion verdadera marcha tranquila rodeada de gran número de sabios, de verdaderos genios, que se reunen para rendirle homenajes y contribuir á sus triunfos.

Dios no puede desamparar á su Iglesia, dejándola abandonada en manos de sus enemigos, y así en todos tiempos, y muy especialmente en las épocas de lucha, suscita hombres eminentes que se constituyan en defensores de la verdad y sean la contraposición de los que necia y orgullosamente pretenden destruir lo que es indestructible.

De aquellos grandes filósofos, lumbreras de las ciencias, pueden aprender los llamados filósofos de nuestros días que, creyendo que la ciencia es incompatible con la fé, abandonan esta, creyendo que de este modo han de ser más sabios y adquirir más fama, que no otra es la aspiración de los modernos eruditos.

Estos modernos filósofos que no perdonan medio para atacar á la Iglesia, que creen que todo lo saben, que con el mayor descaro combaten ó niegan lo contenido en los libros santos, cuando en su ceguera creen que está en contraposición con los adelantos de la ciencia, son hijos legítimos

de la Reforma protestante, por más que ellos mismos no lo crean, porque no encuentran en ella simpatías. Por efecto natural, y como necesario de los principios de la Reforma y del derecho que sus jefes se han atribuido de citar á todas las doctrinas al tribunal de la razón, y de hacerse árbitros de la verdad y del error, hombres áudaces bajo el nombre de filósofos, después de haber atacado todos los dogmas del cristianismo, se esfuerzan en alterar todas las máximas sobre las cuales reposa el edificio social, todas las verdades que forman la esperanza y el consuelo del hombre. Niegan la divinidad de la religion cristiana, la de Jesucristo, la inspiración de las Escrituras, la posibilidad de las profecías y de los milagros, la espiritualidad é inmortalidad del alma, y la verdad de la vida futura, etc. En seguida aniquilan los dogmas de la religion natural de la que se dicen apóstoles, y por una consecuencia lógica llegan hasta el extremo de predicar el ateísmo. Y por tales servicios prestados á la sociedad humana se llaman á sí mismos bienhechores de la humanidad y enemigos de toda superstición. (*Pluquet.*)

No hay la menor exageración en la pintura. Son hoy por desdicha en corto número los sabios que imitan á los citados del siglo xvii, que se honraban en inclinarse ante la revelación divina que acataban. Hoy los que quieren ganar plaza de hombres entendidos, han de empezar por combatir la revelación, por contradecir los sagrados textos, por mofarse de los dogmas católicos y por proclamar el imperio de la razón, de esa razón que nunca ha experimentado mayores extravíos ni más tinieblas que las que experimenta en el siglo llamado de las luces.

II.

De las herejías durante el siglo xvii.

ALEMANIA.

En la segunda parte del magnífico discurso puesto al frente de su *Diccionario de las herejías* por el erudito abate Pluquet, cuya parte primera insertamos al principio de esta obra, nos habla detenidamente del curso que siguieron las herejías durante el siglo xvii, dedicando artículos á las diversas naciones donde aquellas trabajaron para arraigarse. Vamos á seguir el mismo orden y á tomarle por fuente para esta parte importante de nuestro trabajo.

La casa de Austria que adquirió los Países-Bajos, tuvo preponderancia en Alemania, y se aprovechó de ella para mantener y extender la religión católica: y sin embargo que los protestantes, gracias á los privilegios obtenidos por la fuerza y concedidos por la política, llegaron á formar parte del cuerpo germánico, la autoridad, á pesar de ser ellos numerosos, era favorable á sus adversarios. De aquí el que no hubiese acuerdos entre ellos. Los luteranos, padres y fundadores del protestantismo, tenían dogmas y una disciplina que en muchos puntos esenciales no estaban acordes con la disciplina y los dogmas de los calvinistas, que formaban la segunda rama de la familia protestante. Se sabe que los discípulos de Lutero habían permanecido mucho

tiempo alejados de los de Calvino y de los otros sacramentarios.

Por último convinieron en tratarse como hermanos; esta unión, fruto de la sola política, no destruía la diferencia de opiniones, ni la diversidad de máximas y de intereses, que frecuentemente hacía que estas dos ramas de la religión reformada de Alemania se hicieran la oposición, así como la una y la otra la hacía á la religión católica.

Había, pues, en el seno del imperio tres comuniones, tres sociedades religiosas que se miraban con celo porque deseaban obtener cada una la superioridad sobre las otras, para lo que no perdonaban medio alguno. Los católicos formaban la primera: era la más antigua y la más numerosa. Esta no podía olvidar que por espacio de muchos años había sido sola, sin igual, sin enemigos, y que las otras eran miembros arrancados de ella misma, pedazos de sus entrañas separados. Estos que parecían unidos y que en efecto lo estaban para todo aquello que les era de interés común ó que podía servir para su mútua seguridad, habían cimentado su grandeza actual en los medios más violentos, pues estaba compuesta por usurpaciones hechas á mano armada. Sirviéronse de todos los medios posibles para ser admitidos en el cuerpo político. Ellos mismos no podían disimularse que su origen estaba marcado por una mancha indeleble, que no poseían sino aquello de que se habían apoderado á viva fuerza y que sólo podían hacerse tolerables dulcificando su carácter. Por otra parte, ellos debían suponer en el corazón de los católicos un vivo sentimiento por las pérdidas que habían experimentado y un deseo de castigar,

de aplastar, si pudiesen, á los que se habian apoderado de sus bienes, sus derechos y su autoridad. Así el cuerpo germánico dividido por la religion y por los intereses que resultaban de las situaciones respectivas, estaban en un continuo estado de guerra los unos contra los otros, por más que en el exterior se creyese que vivian en paz y en la más completa seguridad. No era necesario más que el concurso de ciertas circunstancias ó de algun acontecimiento que exigiera alguna medida extraordinaria para que estallase un violento incendio en el imperio.

Sin embargo, la religion tomó poca parte en los acontecimientos que tuvieron lugar en los postreros años del reinado de Rodolfo II. El primer foco de la guerra fué Bohemia, donde los protestantes bajo el pretexto de tomar venganza de los rigores con que habian sido tratados por los católicos, apoyados por la autoridad soberana del tiempo de Matias, se decidieron todos á tomar las armas. Todos los Estados protestantes de Alemania tomaron parte en la querrela. Los Estados católicos unidos al jefe del imperio formaron una liga contra ellos. Esta lucha hundió á la Alemania en un abismo de desgracias, que se llama la guerra de los Treinta años, porque habiendo empezado en 1618 no terminó hasta el año 1648. Fernando II ayudado de la liga católica, cuyo jefe era el duque de Baviera, reconquistó la Bohemia, bajo el elector palatino que habia tenido la audacia de aprovecharse de las revueltas de sus habitantes para hacerse declarar rey. Este fué el primer periodo de la guerra de los Treinta años, conocido por *periodo palatino*, la cual comenzó en 1618, como antes hemos dicho. El elector palatino

que se habia salvado en Holanda fué puesto en pregon por el imperio, y Tilly acabó de destruir á los principes protestantes que combatian por él. La dignidad de elector palatino fué entonces dada al duque de Baviera, y el Palatinado fué dividido entre él y los españoles. Todo parecia haber terminado, pero el emperador alentado por los acontecimientos concibió los más vastos proyectos. Sus tropas se extendieron por toda la Alemania; dió disposiciones autoritarias que inquietaron á la liga protestante, y la libertad de los cuerpos germánicos parecia amenazada. Así, pues, se formó una nueva confederacion para defenderla, á la cabeza de la cual se puso el rey de Danemarek: este es el segundo periodo de aquella guerra, que lleva el nombre de *periodo Danés*, que comenzó en 1625 y terminó en 1630. El emperador obtuvo la victoria más decisiva, y el famoso Walsein puesto á la cabeza de sus ejércitos dió pruebas de tanto valor que apareció como el más hábil y el más dichoso capitan de Europa. Vencedor por segunda vez y más poderoso que lo habia sido jamás, Fernando ejerció algun tiempo en Alemania un poder absoluto del cual los principes protestantes no tuvieron mucho de que quejarse, pero que sin embargo desagradó á los principes católicos. En tanto que conservó reunidas las tropas de su mando, aquel malcontento no se tradujo en hechos ni se manifestó á las claras: empero apenas las hubo dividido, la dieta electoral que él habia reunido en Ratisbona en 1630 á fin de obtener para su hijo la dignidad de rey de los Romanos, se sublevó contra él y le forzó con amenazas á reformar una parte de sus tropas y á cambiarles el general que las mandaba.

Los enviados de Richelieu á la dieta ayudaron á los electores á extender este triunfo sobre el emperador, y así se prepararon los caminos que debían bien pronto introducir al rey de Suecia Gustavo-Adolfo en el seno del imperio, empezando entonces por instigaciones del cardenal Richelieu la guerra de Treinta años que es designada con el nombre de *período Sueco*. En esta guerra fatal aparecieron al descubierto enteramente los resortes de la política de los príncipes cristianos fundada sobre el principio de que ella debía separarse completamente de la religión; en tanto que el fanatismo, que es el carácter de todas las sectas nacientes, producía entre los príncipes protestantes una suerte de unidad. Ocupábanse únicamente de los intereses temporales: sus doctrinas ofrecían al mundo el materialismo social en lo que hay de más desconsolador: encontraban en el espíritu de la secta y en una común persecución á las creencias católicas, motivos para estrechar relaciones de que hasta entonces habían carecido, ligándose con los príncipes de Europa que profesaban sus mismas doctrinas, siendo esto obra de los intereses políticos.

Antes de la Reforma las potencias del Norte, puede decirse que casi no tenían relaciones algunas con la Europa: desde que la abrazaron formaron alianzas protestantes, y por una consecuencia necesaria entraron en el sistema general de la política europea. « Estados que apenas se conocían, dice Schiller, escritor protestante, encontraron en medio de la Reforma un centro común de actividad y de política que produjo entre ellos relaciones íntimas. La Reforma cambió las relaciones de los ciudadanos entre ellos

y las que tenía con sus príncipes: cambió las relaciones políticas entre los Estados. Así un destino raro quiso que la discordia que *desgarraba la Iglesia* produjese una liga que uniese más fuertemente los Estados entre sí. » En medio de este materialismo insensato, los príncipes católicos se creían muy hábiles y se aprovechaban del fanatismo de los príncipes protestantes, y no se apercebían de que lo que había producido entre ellos esta suerte de unión política era el principio religioso, que es un efecto singular sin duda, pero natural, inevitable, de lo que resta aun de espiritual en el protestantismo.

Dejando detalles que no son de gran importancia, añadiremos que el papa en 1636 intentó llevar á cabo una pacificación general. Luego que Fernando III hubo sucedido á su padre, la guerra y las negociaciones continuaron con alternativas de sucesos prósperos y adversos, hasta que se firmó el tratado de Westfalia en Munster: tratado en el que es menester buscar el verdadero estado de la política europea, tal como no ha cesado de ser hasta la revolución, y como persevera aun hoy día á pesar de aquella terrible lección. En aquel tratado de Westfalia se vé el modelo de los casi innumerables que han sido hechos despues, pues se demuestra en él que nada hay más real en la sociedad que sus *intereses materiales*; y que un príncipe ó un hombre de Estado es más hábil cuando trata con mayor desden todo lo que es extraño á sus intereses. La Francia cometió un crimen que ha expiado con justos castigos y que tal vez expia en la actualidad, protegiendo y sosteniendo con todo el ascendiente de su poder la igualdad de derechos en materia de reli-

gion, reclamada por los protestantes, con respecto á los católicos.

En 1624 se publicó un *decretal* o *normal*, que se consideró como un término medio que debía servir para legitimar el ejercicio de las *religiones*, la jurisdicción eclesiástica, la posesion de los bienes del clero, etc. Los católicos permanecieron sujetos á los principes protestantes por la misma razon que los protestantes permanecieron sometidos á los principes católicos. En este *decretal*, los católicos habian sido privados en un pais protestante del ejercicio *público* de su religion, debiendo contentarse con el ejercicio *privado*, á ménos que no se le antojase al principe introducir lo que se llama la *simultaneidad*, esto es, el ejercicio de dos cultos á la vez. Los que durante el año *decretal* no habian tenido el ejercicio ni público ni privado de su religion, no obtuvieron otra cosa que una tolerancia puramente civil, esto es, que podian ejercitar ó no su religion en el interior de sus familias ó de sus casas.

Todos los Estados del imperio obtuvieron al mismo tiempo un derecho al que se dió el nombre de *Reforma*: este derecho de reforma era la facultad de introducir su propia religion en los paises que les fuesen devueltos. El cuerpo evangélico estaba en minoria en la dieta: allí se determinó que la pluralidad de sufragios no seria más decisiva en las discusiones religiosas. Las comisiones ordinarias y extraordinarias nombradas en su seno, asi como la cámara de justicia superior, fueron compuestas de un número igual de protestantes y de católicos, de suerte que en todas las causas entre protestantes y católicos habia jueces de ambas religiones.

La Francia católica sostuvo ó provocó todas estas novedades escandalosas, y sus negociadores fueron admirados como hombres de Estado de gran importancia. El tratado de Westfalia fué considerado como guia de la política moderna. Pero el papa protestó contra este tratado impio, que no podia reconocer sin renunciar á su fé y á su calidad de jefe supremo de la Iglesia.

INGLATERRA.

Al tener que ocuparnos ahora de Inglaterra empezaremos por presentar al lector el siguiente relato del historiador Montor, en su *Historia de los Papas*:

«La Inglaterra y España, dice, mantenian negociaciones secretas, las cuales eran activamente espiadas por la Francia, en donde el cardenal de Richelieu, bienquisto con la reina María, daba un impulso enérgico á los negocios. Reinaba á la sazón en la Gran Bretaña Jacobo I, principe débil y vano, y que carecia del carácter y penetración de Maria Stuart, su madre. Era tan jactancioso, que Bosny, embajador de Enrique IV, le habia oido decir que mucho antes de morir la reina Isabel era él quien gobernaba en Lóndres, siendo lo cierto que ni en Escocia, que le pertenecia, siquiera gobernaba, cuando más en Inglaterra, que por fortuna se hallaba en otras manos. Poco trabajo le costó á Bosny calcular la fuerza de genio de que tanto se gloriaba el monarca, y como la mision del embajador consistia en hacer entrar al rey en el vasto plan que concibiera Enrique el

Grande, ó mejor dicho, Bosny, para abatir el poder colosal de la casa de Austria, atacándola en todos los puntos á la vez, y siendo tales concepciones superiores á la comprension de su espíritu tímido y apocado, Jacobo no sólo no quiso acceder á semejantes propuestas, sino que no hizo nada para impedir el vuelo de la casa de Austria, que tendia á la monarquía universal, ni para estar siquiera prevenido para un caso semejante. Sin embargo, en su reinado tuvo algunos arranques de audacia. En el año 1605 pidió la reunion de las dos coronas, y en su alocucion al parlamento, se expresó con un lenguaje demasiado familiar y casi indecoroso: «La Inglaterra y la Escocia son dos reinos situados en una misma isla; creo que no podeis permitir que, siendo yo un príncipe cristiano, vaya á caer en pecado de bigamia, viviendo con dos mujeres, y que, no teniendo más que una sola cabeza, tenga que unirme á un doble cuerpo, y que siendo un solo pastor tenga que cuidar dos rebaños diferentes.» El proyecto en si no podia ser más sabio, pero no tuvo efecto.

«Jacobo dió un triste ejemplo cuando en época posterior dijo en pleno parlamento que la religion de los papas era un verdadero misterio de iniquidad. Más adelante solicitó y obtuvo el famoso juramento de pleito homenaje. Los ingleses quedaron muy ufanos, y lo están aun hoy día (dice M. de Sevelinger), de la noble arrogancia con que declararon en la fórmula de este juramento, que el papa no tiene el derecho de deponer á su monarca, de relevar á los súbditos de la fidelidad y de disponer de su corona en favor de un príncipe extranjero; doctrina que en nada difiere de la de los

católicos más afectos á sus principios. Las exigencias de las situaciones modernas, la profunda sabiduría de la Santa Sede, y los actos repetidos y espontáneos de los papas de dos siglos á esta parte, introdujeron útiles modificaciones en este sentido en favor de los príncipes católicos, de suerte que llegó á conseguirse idéntico resultado sin pasar por tantos crímenes.

«Pero lo que preocupaba á Jacobo en el exterior era la preponderancia de la nacion española.

«El príncipe de Gales habia muerto envenenado, segun atestigua Fox, y su hermano y sucesor, nacido en 1600, fué propuesto por esposo de Maria, hija segunda de Felipe III, porque la mayor, despues de haber estado prometida con el primer príncipe de Gales, casó con Luis XIII. La diferencia de religion parece debia ser un obstáculo no pequeño para esta union; pero Jacobo sacrificó á la política su odio al catolicismo. En su consecuencia, el rey, para llevar á cabo su idea, mandó á su hijo Carlos, de incógnito á Madrid, pero de un modo ridiculo y artero. Con este motivo Felipe III afeó la etiqueta española, dando la derecha á un jóven que no ceñia la corona; pero ¡vanos esfuerzos! la Francia estaba alerta y al momento se apresuró á entablar negociaciones con el débil Jacobo, y á pesar de lo prometido á España, se convino entre los gabinetes de Londres y Paris, que el príncipe hijo del rey de Inglaterra se desposaria con Maria Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y hermana de Luis XIII. En el propio año en que se terminaron las negociaciones, murió Jacobo, y Carlos subió al trono.

»A buen seguro que Roma no habría visto con satisfacción que el hijo de un rey y protestante como Jacobo, hubiese contraído una alianza íntima con España, la cual tenía ya oprimida á la córte romana. Además era de temer que la infanta cediese á las ardorosas instancias que se la hicieran para abandonar la fé católica. Estos peligros no se presentaban tratando con la Francia; por el contrario, era muy probable que el rey Cárlos se dejase arrastrar por el buen ejemplo de Enriqueta. Así que fué un pensamiento de los más acertados que tuvo Urbano VIII, el de prestar toda su influencia al proyecto, ó si se quiere, á los celos ambiciosos de la Francia. El talento y la perspicacia de Urbano nunca querían que los sucesos dependiesen de los azares de la casualidad; así es que instó, suplicó, y no dejó piedra por mover, para que Enriqueta pasase prontamente á reunirse con su esposo. María de Médicis había criado á su hija en medio de los más vivos sentimientos de piedad y de celo por la prosperidad y gloria de la Santa Sede. Richelieu tenía aun presentes los honores y favores que se le dispensaron en Roma, y la afectuosa acogida que se le había hecho en Aviñon, en donde halló generosa hospitalidad; y como la reina María le diese cuenta de los consejos que pretendía dar á su hija, el cardenal, satisfecho del buen éxito de su política y determinado á dar una alegría á Roma por el beneficio que había hecho á la Francia, solicitó de la reina, su protectora, que le permitiese redactar en forma de instrucción, los consejos que habían de ser leídos á Enriqueta, de los cuales guardaría una copia en su mejor cofrecito, á fin de tener siempre á la vista las recomendaciones de su madre

en la situación en que iba á encontrarse la hija de Enrique IV y la hermana del rey de Francia, á la tierna edad de diez y seis años.

»Estas instrucciones tienen la fecha de junio del año 1625, y han sido extraídas de una colección perteneciente á la biblioteca del Instituto, las cuales no se han publicado sino en un catálogo literario que no se ha continuado. María de Médicis fué quien dictó su sentido, pero su consejero íntimo Richelieu las puso en la forma elocuente en que están escritas. Ahora, cualquiera diga al ver el espíritu eminentemente cristiano de piedad y de tolerancia con que están expuestas y comparándolo con los sufrimientos é insultos que sufrió Enriqueta, antes y después del indigno suplicio de su infortunado marido Cárlos I, si no era digna de mejor suerte y acreedora á más justicia la que siguió al pié de la letra obedeciendo con resignación todas las prescripciones, en las cuales se explican con toda claridad y precisión los deberes de una reina para con su esposo, sus súbditos, sus domésticos y consigo misma.»

Hemos reproducido la anterior narración por creerla de importancia. En cuanto á la Francia nos hemos de ocupar de ella más detenidamente. Ahora, hemos de continuar con la vista fija en la Gran Bretaña, que esta nación y la Alemania fueron los principales teatros de los grandes acontecimientos que se sucedieron en la época que nos ocupa, que es de las más agitadas en la historia de la humanidad.

Luego que el incestuoso Enrique VIII dió la primera señal del cisma consumado con tanto escándalo, los obispos católicos de Inglaterra se vieron dispersos, no quedando más

que el de san Aasph, el cual en una edad muy avanzada se retiró á Roma. El clero católico, compuesto de sacerdotes nacionales y de misioneros extranjeros, se encontraba sin jefe, y en el estado en que se hallaban los negocios de la religion, esta carencia de un jefe, capaz por su autoridad de dirigir á los ministros inferiores y de allanar las grandes dificultades que á cada paso se les presentaban para el desempeño de las funciones de su ministerio, entrañaba grandes inconvenientes. Esto causaba una profunda afliccion no solamente á los eclesiásticos sino al resto de los fieles, que se hallaban rodeados por todas partes por furiosos enemigos de la fé católica. Así, pues, se reunieron para dirigir representaciones á la Santa Sede, haciendo presente la necesidad espiritual en que se encontraban por efecto de las circunstancias que se venian atravesando.

Oyó el papa atentamente los ruegos de aquellos sus fieles hijos, y conociendo, como ellos, que la Iglesia de Inglaterra su debilitaba cada vez más y que seria privada de las ventajas propias del ministerio episcopal, determinó que el obispo de Aasph regresase á su patria, á pesar de su mucha edad y continuos achaques. Obediente aquel prelado á las órdenes del jefe supremo de la Iglesia, emprendió la marcha, pero no pudo continuarla á causa de sus enfermedades, y se vió obligado á volver á Roma donde murió al poco tiempo. Con él perdió la Iglesia de Inglaterra el último de los obispos que habian sobrevivido á la revolucion. Persuadióse entonces el pontifice romano, que para gobernar la Iglesia de Inglaterra en la situacion actual de las cosas, era suficiente dar al clero católico un jefe de segundo orden, y que

para tenerle en una dependencia continua de la Santa Sede, se le diera el título de arcepréste. El proyecto tuvo buen resultado; empero si los misioneros que lo habian aconsejado al papa lo aplaudieron, no sucedió lo mismo con muchos eclesiásticos y legos que se mostraron malcontentos. Estos se lamentaban de que una Iglesia tan antigua como la de Inglaterra, tan recomendable por los grandes hombres, que habia producido, por los muchos días de gloria que habia dado al catolicismo, y que merecia una gran predileccion en el estado de prueba y de persecucion en que se hallaba, fuera puesta al nivel de una simple mision como si se tratara de un país de infieles.

En este estado continuaron las cosas hasta que Jacobo Stuardo, rey de Escocia, fué llamado en 1603 al trono de Inglaterra por el derecho de su nacimiento y por el testamento de Isabel que habia hecho morir á su madre en el cadalso. Habia nacido de una madre católica, por lo que se creyó que seria favorable al resto de los fieles que permanecian en el antiguo culto. En esta esperanza los ortodoxos, apenas se hubo verificado su coronacion, le presentaron una exposicion, suplicándole que les dispensase su real amparo y proteccion. Lo mismo hicieron los puritanos, esto es, los calvinistas rigidos; pero el rey no contestó de una manera más satisfactoria á los unos que á los otros. Los últimos, que dominaban en Escocia, comenzaron á formar en Inglaterra un partido que no tardó en hacerse formidable. Pidieron al monarca, no solamente la tolerancia y la libertad de tener sus asambleas, sino tambien la reforma de algunos abusos de que se lamentaban, llamando así á algunas prác-

ticas del culto anglicano, que les parecian muy semejantes á las de la Iglesia romana; ciertos derechos de la liturgia que no eran conformes con sus doctrinas, y sobre todo el poder y los honores que han conservado al episcopado y á otras dignidades eclesiásticas, que componen la jerarquía en la constitucion actual de la Iglesia anglicana. Los católicos fueron más moderados. Por más que desearan ardentemente la extincion del cisma, y el que la nacion volviese al antiguo culto de sus padres, del que lastimosamente se habia separado, no se atrevieron á pedir nada contra sus enemigos, sostenedores de aquella persecucion que habia hecho correr la sangre de sus hermanos bajo la mano de los verdugos.

El rey, por su carácter y por sus principios, no estaba léjos de preferir los caminos de la dulzura; empero los cortesanos que le rodeaban no pensaban de la misma manera, y ya sabemos que generalmente los aduladores que rodean á los monarcas disponen siempre de su voluntad, porque todo se lo hacen ver del color que á ellos les acomoda. Tal ascendiente tomaron sobre Jacobo, que le inclinaron á adoptar sus máximas. Determinóse, pues, en consejo, que se continuase la persecucion contra todos los que no se conformasen con los ritos y las prácticas de la religion nacional, especialmente los católicos, porque estos eran los más opuestos. La conjuracion descubierta en 1605 no contribuyó poco á afirmar al rey y á sus ministros en aquella resolucion.

Esta revolucion fué iniciada por motivos que eran personales á los que la intentaron, mas se juzgó que eran moti-

vos religiosos, toda vez que ellos eran católicos. Dos misioneros fueron comprendidos en el número de los presos; uno de ellos acusado de haber aprobado el proyecto de la conspiracion, y el otro de haber tenido conocimiento de ello y no haberlo revelado. Los protestantes, que aprovechaban todos los acontecimientos que les daban ocasion para aumentar sus persecuciones á los católicos, no desperdiciaron esta nueva que se les presentaba. Publicaron que todos los católicos habian tomado parte en la conspiracion, y que los misioneros habian sido sus agentes: imputacion desmentida por las pesquisas y averiguaciones que se hicieron por todas partes, y que se redujeron á descubrir una docena de culpables; por la declaracion del mismo rey que en su discurso al parlamento no atribuyó esta conspiracion sino al *furor de ocho ó nueve desesperados*: estos son sus propios términos, y en fin por el corto número de los que fueron castigados; pues es indudable que á descubrir más culpables, ninguno se hubiese librado del castigo, segun el odio que generalmente se profesaba á los que habian continuado fieles á las creencias de la Iglesia romana y á la obediencia á su jefe supremo.

En cuanto á los misioneros y al órden célebre á que pertenecian, fueron suficientemente justificados por un escritor, el famoso Antonio Arnauld. Los que deseaban inclinar cada vez más el ánimo del rey contra los católicos aprovecharon otro acontecimiento muy favorable para ellos. Pretendieron que esta horrible conspiracion habia sido preparada y conducida por uno de sus ministros, apoyado por algunos cortesanos, para hacer odiosa la comunión romana al príncipe

que no la perseguía con todo el calor que ellos pretendían y deseaban. Y esta conjetura no pareció destituida de todo fundamento, si se consideran todas las circunstancias y detalles que de aquel acontecimiento nos dan los escritores de la misma época. Si ello es cierto, los autores de esta horrible escena pudieron felicitarse del resultado.

Los edictos publicados contra los católicos, por más que fuesen rigurosos, no satisfacían los deseos de los que anhelaban por la completa destrucción del catolicismo. Creyeron, pues, encontrar un plausible pretexto en el famoso juramento mandado prestar al rey. El papa Paulo V prohibió por dos breves á los católicos de Inglaterra prestar tal juramento. Nacieron naturalmente grandes divisiones. Unos difirieron á la voluntad del monarca, y otros no teniendo otra guía que los mandatos pontificios tomaron la defensa del papa.

Entonces empezaron á practicarse las más minuciosas pesquisas para descubrir los eclesiásticos y los religiosos que ejercían en secreto las funciones de su ministerio contra el tenor de los edictos y las prohibiciones reiteradas del gobierno. Muchos fueron puestos en prisiones, y algunos condenados á muerte. El cielo abría sus puertas á nuevos mártires, que entregaban gustosos la vida antes que apartarse en un ápice de la fé salvadora de Jesucristo. En aquella ocasion se contaron más de treinta entre presbíteros seculares y misioneros de diferentes órdenes, unos ingleses y otros extranjeros, que concluyeron su vida en los tormentos, como violadores de las leyes referentes á asuntos religiosos.

Jacobo I murió en 1625, y tuvo por sucesor á su hijo Cárlos I, cuyo reinado se señaló por muchos y diversos acontecimientos, y que tuvo un fin deplorable. Celoso por el culto anglicano quiso hacerlo recibir en Escocia, donde la secta de los presbiterianos, enemiga del episcopado, se opuso tenazmente á someterse. La uniformidad en las prácticas religiosas le parecia una cosa importante en todo el país, y muy especialmente en su isla, donde la diversidad de cultos y el choque de las opiniones habian ya ocasionado en el espacio de un siglo grandes conmociones populares, y costado la vida á un gran número de ciudadanos. La máxima era verdadera, y en su origen de la más alta política; pero Cárlos hacia una falsa aplicación. No resplandecía este monarca ni por la sabiduría ni por la buena política. Entre los ingleses todo tendía á la independencia desde que Cárlos I subió á ocupar el trono.

En Escocia los grandes y el pueblo estaban todavía ménos dispuestos que en Inglaterra á la sumisión, porque los principios de la secta dominante habia arrojado en los corazones un gérmen de revolución. Por lo demás los agentes de Richelieu para sostener á los descontentos de Escocia y á los puritanos de Inglaterra, contribuyeron á acelerar el movimiento que llevó al desgraciado rey al cadalso y produjo la tiranía de Cromwel.

Más tarde Cárlos II, que recogió la herencia de Cárlos I, decretó la libertad de conciencia en marzo de 1672. Apenas fué publicada esta ley, los presbiterianos que dominaban en la cámara de los comunes, la atacaron con energía porque la creyeron favorable á los católicos. Tanto clamaron

y tantos discursos pronunciaron con tal objeto que al fin el rey, deseando evitar males de mayor consideracion, revocó su mandato. Empero la secta lejos de calmarse continuó en su obra, consiguiendo que así por la cámara de los pares como por la de los comunes se diera la famosa ley del *Test*, por la cual se obligaba á toda persona que poseyera algun empleo ó beneficio, á prestar el juramento de sumision ó de *supremacia*, á recibir los sacramentos en su iglesia parroquial y á renunciar por escrito á la creencia de la presencia real en la Eucaristía. Este decreto no tenia más objeto que arrojar á los católicos de todos los destinos y el concluir con ellos con el tiempo. Carlos II terminó su vida en 1685 y se cree que murió católico. Juan Huddleston, monje benedictino inglés que habia contribuido á salvar á este principe en la batalla de Worcester, le fué todavía de utilidad en sus últimos dias. Llamado á la cámara del rey la vigilia de su muerte, recibió la declaracion de Carlos que testimoniaba querer morir en el seno de la religion católica. Huddleston le confesó, le administró los santos sacramentos y le exhortó á morir como buen católico.

A Carlos II sucedió en el trono de Inglaterra el duque de York, su hermano, Jacobo II. Este principe, despues de la muerte de su primera mujer que se habia declarado por la fé católica, casó con una princesa de Módena y le habia propuesto un cambio de religion. El habia abjurado el cisma y la herejía en 1671, y desde 1678 habia imaginado la historia de una conjuracion quimérica de la que él seria el jefe. Por más que esto fuese una impostura grosera, mal concertada, que no produjo pruebas de ninguna clase,

costó la vida á varios católicos, la mayor parte de ilustre cuna, entre ellos lord Stafford, uno de los más distinguidos señores de Inglaterra, y Oliver Plunkett, arzobispo de Armagh en Irlanda, prelado muy recomendable por la pureza de sus costumbres y sus grandes trabajos apostólicos. El duque de York, que no queria hacerse odioso á la nación, se alejó de Inglaterra por consejo del rey su hermano, bajo el pretexto de hacer un viaje por Europa.

Sin embargo de todo esto, á la muerte de Carlos II, este principe fué elevado al trono sin encontrar la menor oposicion. Empero apenas se hubo coronado, empezó á manifestar un gran zelo por la religion que habia abrazado, lo que hizo que se levantase una tempestad contra su cabeza, de la que fué victima y que arruinó para siempre en Inglaterra la religion que él queria restablecer en su antiguo esplendor. No contento con entregarse en el interior de su palacio á las prácticas del catolicismo, no disimuló el deseo de que se hallaba animado de que se restituyesen á los católicos todas las iglesias de que se les habia privado desde el tiempo de Enrique VIII.

El 4 de abril de 1687 dió una declaracion para la libertad de conciencia. Los disidentes de diversas sectas le felicitaron por haber tomado esta medida, pero los partidarios en la Iglesia establecida se mostraron muy descontentos. Los católicos aprovechándose de esta ley abrieron diferentes capillas en Lóndres y en otras ciudades del reino. Se hicieron algunas conversiones en todas las clases sociales, y la mayor parte de ellas fueron duraderas y continuaron despues de la revolucion. El palacio real estaba lleno de reli-